

Crónica de un Histórico Congreso

Por José Miguel Ibáñez L.

E 5

La Clave Para que un Museo Viva

Por Maite Armendáriz

E 8

Santiago de Chile, Domingo 20 de Noviembre de 1988

Libros Discos Teatro Televisión Cuadernos Crítica Novedades Científicas Entrevistas

El Hombre

Por Armando Roa

● **Cómo se enfrenta el chileno con el destino, los seres humanos.** El tema fue tratado por Armando Roa con ocasión del curso "Chile mil años de historia" de los actos de celebración del centenario de la independencia de Chile. Se entregan a continuación los resultados de la ponencia.

SOBRE el carácter chileno han escrito mucho desde los primeros tiempos, nacionales y extranjeros; sin embargo, fuera de los aspectos laudatorios o negativos, que aluden en general a los hábitos y maneras sociales de comportarse, no hay algo más profundo que a través de esos testimonios pudiera inferirse. Así, según unos, seríamos generosos, hospitalarios, educados, de buenas maneras en el trato social, en el comer, en el vestirse, en el conversar, lo que haría muy amena y agradable la vida cotidiana. Otros, al contrario, han señalado nuestra indolencia, imprevisión, culto a la fealdad, carencia de mirada que vaya más allá de las circunstancias del momento o de los intereses inmediatos. Se ha hablado de que somos un pueblo peculiar dentro de la América del Sur, con rasgos diferenciados y que seríamos los más europeos de todos, e incluso una frase demasiado conocida dice que seríamos, por lo sobrios y autocontrolados, los ingleses de la América del Sur.

En general, los rasgos más negativos son señalados por autores nacionales y los positivos por nacionales y extranje-

El chileno se mueve por impulsos espontáneos despertados bruscamente por las circunstancias, es improvisador, confía no tanto en la experiencia como en la suerte y en la ayuda de "compadres" y amigos; si tiene éxito, se considera astuto, "avisado", de ingenio rápido, inteligente; (...)

ros, incluidos la mayoría de los cronistas de la Colonia. En el afán de exaltarlos, Nicolás Palacios, en *Raza chilena*, ha llegado a descubrir que seríamos producto de sangre gótica, germánica, a la cual dentro de España habrían pertenecido casi todos los conquistadores y los militares llegados posteriormente a las guerras de Arauco. Nuestra raza sería producto de la mezcla de ambas razas originales, predominando en nuestro modo de ser el elemento gótico nórdico. Los descendientes de los primitivos iberos, constituyentes del resto de la población de la península, no se habrían interesado en venir a Chile, pues no eran de tendencia guerrera como los visigodos, a quienes sí los tentaba pelear con los araucanos, que aparecían como el único pueblo invencible de América. Así, para este autor, nuestro pueblo sería tan emprendedor como los germánicos y culpa a la burocracia, a la política de bajo vuelo en Santiago de tenerlo abandonado y despojado.

La tarea nuestra de apuntar a algunos rasgos del carácter chileno nos parece extraordinariamente difícil y sólo nos contentaremos con indicar algunos caminos que deberían o podrían intentarse para avanzar algo en una investigación al respecto.

Entrando de inmediato en el tema creemos útil ver cómo

EL MERCURIO



"Aquí es donde se observa la fuerza creadora para convertir el espacio acogida plácida y liberadora al espíritu del hombre. La casa con sus corredores, sus jardines (...), hace pensar que el chileno se separa del mundo exterior en general, el cual era sólo para el trabajo, la

se enfrenta el chileno con ciertos constitutivos fundamentales de la realidad: el espacio, el tiempo, la naturaleza, el destino, los seres humanos.

El espacio cósmico

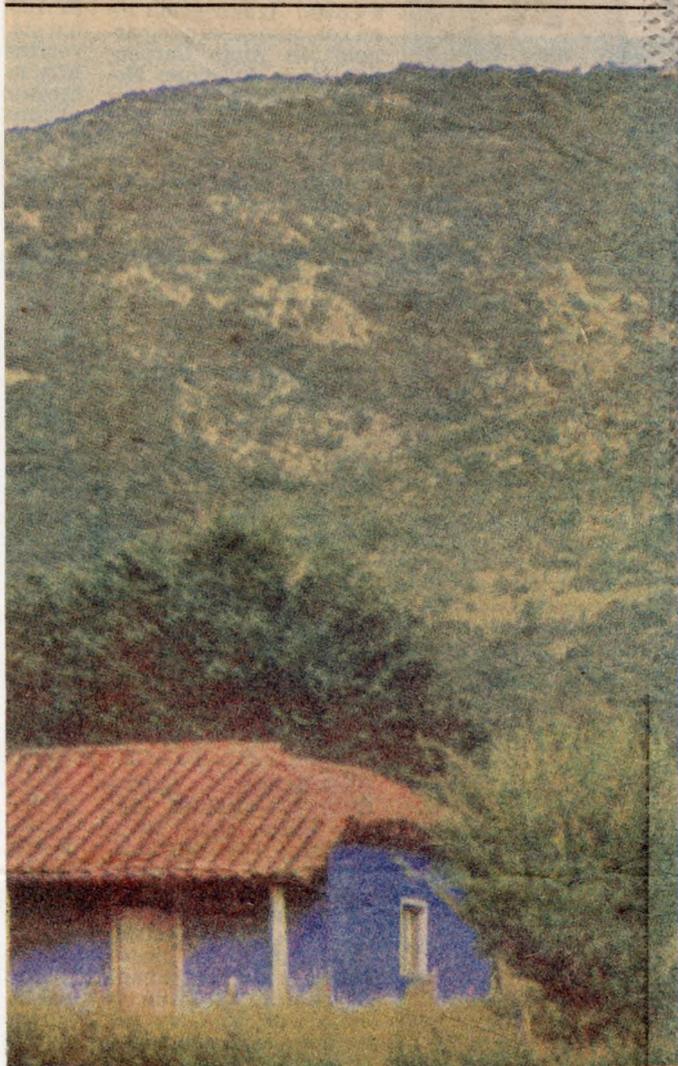
Desde el punto de vista del espacio, si dividimos éste, como lo han hecho algunos investigadores, en familiar, geográfico y cósmico, y refiriéndonos al último diríamos que el chileno se ha interesado poco por el espacio astronómico, seguramente encuentra bello un cielo despejado, tormentoso, estrellado, lunar, pero el enigma mismo del cielo, con sus posibles influjos sobre el destino de lo existente, como apasionó a numerosos pueblos, empezando por caldeos, egipcios y griegos, que lo habitaron con dioses, y siguiendo con los europeos medievales y los posteriores a Copérnico y Kepler, que iniciaron por ahí el desarrollo de la ciencia moderna, no es algo que lo tiente y la astronomía no es, más allá de la curiosidad, vocación frecuente para el chileno. En los sectores populares urbanos o rurales tampoco hay creencias supersticiosas muy notorias relacionadas con el cielo; mas las tenían los antiguos araucanos, que veían en truenos y relámpagos ecos del fragor de luchas de sus antepasados guerreros.

El espacio geográfico

Por otra parte, el espacio infinito, los vastos horizontes como los divisados desde el mar o las altas cordilleras no parecen de especial predilección, salvo el placer sensorial momentáneo. El chileno vive en general de espaldas al mar; excepto los habitantes de la costa, que encuentran ahí su sub-

2
RIO

Conciertos Opera Ballet Arquitectura



El espacio abierto inhóspito en espacio íntimo propio, para dar a la casa colonial con sus patios y traspacios, sus pequeñas ventanas, sus jardines, su sentido dueño de su paz, cerrándose herméticamente a la calle y al mundo exterior, las diligencias o los negocios”.

(...) si fracasa, culpa a la mala suerte, a haber confiado en quien no debía, a algo que no le ocurrirá otra vez, esperando siempre que le tenderán de nuevo la mano; en todo caso, no se siente un incapaz, un derrotado y logra acomodarse de nuevo en cualquier situación, aunque nada tenga que ver con sus labores previas.

sistencia. No se va a ella sino por moda, o a lugares de moda, o porque ahí se descansa y se hace vida social intensa. Fuera de temporada es poca la gente que siente auténticamente el llamado del mar, de la cordillera agreste, del desierto, de las nieves antárticas o del campo desolado.

El espacio geográfico, el que vivimos cuando se recorre el país o la tierra, no por turismo, afán deportivo o descansando, sino por ansia de aventura, o algo así como buscando al contacto de lo desconocido un enriquecimiento personal, una fusión mística con la naturaleza o una revelación y conocimiento del propio ser íntimo, un encuentro consigo mismo, se ve en algunos jóvenes y adolescentes, pero no es un fenómeno

E10 DOMINGO 20
NOVIEMBRE 1988

El Hombre...

(Viene de la página E)

común, o algo que añore intensamente el imposibilitado de hacerlo.

El espacio familiar

El espacio familiar, aquel que cuando vamos de un lugar a otro de la ciudad sin prisa nos lleva no a seguir la distancia más corta, sino la más atractiva aunque sea dando rodeos, no es conocido a todos. Dentro del mismo hogar hay una pieza y hasta un lugar determinado donde nos gusta habitualmente estar o sentarnos a leer u oír música. Hay quienes prefieren lugares relativamente cerrados y con luz mediana, otros gustan de amplios ventanales abiertos al paisaje.

Sin embargo, donde de preferencia se mide la capacidad de manejo y destinación a lo humano del espacio familiar es en la arquitectura y sobre todo en la arquitectura de la casa; aquí es donde se observa la fuerza creadora para convertir el espacio abierto inhóspito en espacio íntimo propio, para dar acogida plácida y liberadora al espíritu del hombre. La casa colonial con sus patios y traspacios, sus pequeñas ventanas, su falta de ornamento, su intensa vida interior, sus corredores, sus jardines enramados llenos de rincones, más allá sus huertos frutales, en planos sucesivos, hace pensar que el chileno se sentía dueño de su paz, cerrándose herméticamente a la calle y al mundo exterior en general, el cual era sólo para el trabajo, las diligencias o los negocios. En el siglo XIX se imitaron casas de otros continentes, especialmente francesas, sin usar en su construcción materiales nobles, y en el siglo XX se imita un tipo de casa residencial de lujo, o un tipo de casa para poblaciones modestas, iguales a las que se ven en cualquier barrio residencial u obrero de ciudades extranjeras. Es como si el chileno hubiera perdido el antiguo espacio y para hacerse uno nuevo tuviera que pedir prestado el que se han fabricado hombres de otros lugares, mientras está buscando encontrar su propia arquitectura. Algunas casas que muestran cierta originalidad quedan como exóticas, pero no se ve en la gran mayoría de manera clara algo que traduzca su patrimonio común, un espacio que representara el espacio justo a la medida de nuestra alma; en todo caso, es esta mayoría la que le da su fisonomía al Santiago actual.

No es que no se hagan casas con bastante intimidad, donde la persona se siente invitada a un recogimiento interior, a vivir una comunión de almas con su familia o sus amigos, pero son la excepción.

La poca vida interior del chileno se muestra, por lo demás, en la imposibilidad de quedarse en casa los fines de semana largos, pues se aburriría hasta el infinito; en la calidad de los libros que escoge para vacaciones o para entretenerse, que no deben significarle ningún esfuerzo mental; en el tipo de conversaciones habituales entre familiares y amigos, que no van más allá del nivel doméstico o de las intrigas políticas; en el no poder entretenerse consigo mismo; en el vivir preocupado de la vida ajena curioseando en lo que no debiera importarle; en la mirada impertinente dirigida a quien se sale de la rutina y se viste o actúa de manera más personal.

El tiempo

Hemos dado una somera mirada a la posible relación del chileno con el espacio, en la cual seguramente se han pasado por alto hechos importantes; veremos ahora su relación con el tiempo. El tiempo puede vivirse como el tiempo del reloj, pero es tal vez su forma más preciosa, y también más accidental, como cuando se trata de cumplir un compromiso, tomar el avión, asistir a un evento; lo probable es que el tiempo más real, el que se hace corto o largo, sea el dado por las edades de la vida: infancia, adolescencia, juventud, madurez, vejez, con sus puntos señalados por el nacimiento, la incorporación al trabajo, el matrimonio, la llegada de los hijos, la preocupación por éstos, y en fin el retiro y la vecindad de la muerte. Es en referencia a tales acontecimientos que se mueve el hombre.

El tiempo lo crea la necesidad de pasar de un estado de puras posibilidades al llegar al mundo, a una realización plena de algunas de dichas posibilidades y eso se sabe que debe hacerse antes de tales o cuales edades, pues enseguida ya no serán viables. Es verdadera la realización solamente si produce crecimiento interior, si abre constantemente la capacidad personal de captación y goce de las cosas, con lo mínimo y con lo máximo, si hace cada vez más permeable el espíritu al sentido profundo de la creación. Toda realización que dinamiza la esencia del tiempo humano debe traducirse en creación o trabajo, en algo tangible para sí y para los otros y en algo que redunde en bien propio y de los demás.

¿Es respetuoso el chileno con este tipo de tiempo? Durante la Colonia y buena parte de la República vivió períodos alborotados y períodos tranquilos, y de un modo u otro configuró un país con cierto aire propio.

Mirando hacia el futuro próximo se preocupó de conquistar la región salitrera, pero perdió simultáneamente la Patagonia y se desprecupó del océano. Sin embargo, adquirió personalidad dentro de la América del sur, fue mirado con respeto y durante un tiempo su moneda circuló en California, Oceanía y otras partes. Su organización como democracia parecía ejemplar y los hombres que figuraron en el

La captación de lo oportuno se aprecia a través de toda nuestra historia. En el siglo XIX fuimos los primeros en América del Sur en organizar un Estado impersonal de larga duración, en explotar minas de cobre, de plata, de carbón, con métodos avanzados para su tiempo y alto rendimiento.

Ejecutivo, en el Parlamento, en la Justicia, en la Iglesia, en el Ejército, fueron dignos, sobrios y ejemplares; en algunos destacó su inteligencia y, a veces, con razón se siente nostalgia de aquella época. Hubo preocupación por conocer el país y abrirse al conocimiento de las grandes ideas europeas. La venida de Bello, Gay, Gorbea, Domeyko, Sazié, Blest, Philippi, Moesta, son señales claras. La Ilustración había penetrado antes de la Independencia y se acentuó después; también llegaron a su debido tiempo el romanticismo, el positivismo, el hegelianismo, aun cuando este último fue manejado más bien superficialmente.

Las guerras se ganaron más a base de bravura que de estrategia, si se exceptúan algunas personalidades notables como el Ministro de la Guerra de 1879, Rafael Sotomayor. En lo de la bravura, del coraje, de la defensa de lo encomendado, hasta la muerte, nos hemos distinguido en el concierto de los pueblos; se ha defendido algo que se consideraba sagrado y nuestro como lo era el destino de la Patria, por una admiración noble y fiel similar a la del hijo hacia su madre.

El chileno del siglo pasado y de los comienzos del XX no parecía por dentro muy preocupado en distinguir sus propiedades originarias, ni sentía necesidad de darles cauce; suponía que sólo en lo personal y lo cultural había minoría o mayoría de edad y creía que Europa marcaba la cima del espíritu en todos los órdenes. El problema era aproximarse a esa altura, poder hablar y comportarse como un europeo, no sentirse excluido por primitivismo de sus círculos privados; por eso, tal vez, la avidez en copiarlo todo desde el menaje de la casa, hasta los trajes, las fiestas, el modo de vestir a los servidores. Se podría creer en un fenómeno parecido a lo ocurrido hoy con el norteamericano. Hoy se trata, al parecer, de una imitación en busca de placer, comodidad, confort, sin importar mucho lo que hay por detrás de eso norteamericano, sin lo cual lo norteamericano no existiría: el alma de Poe, Hawthorne, Whitman, Emerson, Thoreau, Pound, fecundadores de esa cultura, sensibilizadores de su espíritu para abrir su mirada a lo alto, y que junto con científicos y tecnólogos, son importantes constructores de dicha grandeza e inspiradores del ansia actual por la ciencia y la tecnología.

El chileno y la temporalidad

El chileno nunca ha dejado de ser tal como lo muestran ejemplarmente sus pintores que, aunque estudiaron en Europa, recibieron influencias de las escuelas nuevas, no se transformaron en repetidores de aquello, sino que conservaron su sello propio. Descubrieron horizontes, pero en un ámbito que rara vez traspasa nuestras fronteras, que casi no revela planos abisales del alma personal; sin embargo, nos son valiosos para reconocer en parte nuestra identidad en ellos. Es indudable que en esos cuadros el tiempo que corre y el tiempo retenido, el espacio abierto y el espacio cerrado, la luz que destella y la luz mortecina, el objeto natural con vida y el objeto natural inerte se pueden captar, pero se trata, en la mayoría de las obras, de figuras encerradas en sí mismas, que difícilmente dejan transparentar su interior y cuya viveza la da más bien un elemento externo a ellas, la atmósfera del cuadro.

Sin duda, nuestras cimas en la pintura son Roberto Mat-



ta, Nemesio Antúnez y Enrique Zañartu, que sin haber creado tal vez algo así como una visión personal-universal del mundo, se han colocado a la altura de los grandes europeos, con un sesgo indudablemente original, capaz de mostrar con cierta profundidad el alma chilena. La suya es una especie de visión primordial de un mundo inmóvil, caótico, fosforescente, espectral, construido en planos, con hilos a veces que cuelgan como las telarañas, líneas que cortan geométricamente los planos, con colores ricos, rotundos, aunque a veces evanescentes, como algunos amarillos de Antúnez, y algunos lujuriosos azules, verdes, morados en infinidad de gamas, del mismo Antúnez, Matta y Zañartu, y que parecen revelar la estructura de la magma originaria de donde surge el cosmos, observado por los ojos cotidianos. Ellos muestran cómo es el subsuelo del hombre chileno y nos traen espontáneamente el recuerdo de lo percibido en la poesía de Huidobro, la Mistral, Neruda, Zurita, Lihn, Anguita, Díaz Casanueva, Teillier.

¿Se divisa el modo chileno de ver el tiempo en estos últimos pintores? Difícil decirlo; el tiempo sería mostrado por la riqueza de los planos, colores y atmósferas, y cierta simpli-

Una cultura alcanza su plenitud cuando los hombres llegan al estado de absoluta identidad consigo mismos, confían en su mundo propio, crean una visión original y son capaces de asimilar a fondo las demás culturas sin ser absorbidos por ellas. Tal etapa puede iniciarse cuando empieza la gran poesía, como en Grecia con Homero y en la Europa moderna con Dante, partiendo de la hipótesis de que el hombre domina a los seres cuando encuentra su nombre.

ciudad de los motivos en un conjunto claustroal, que lo hacen como detenido en un instante casi invisible, pero a punto de estallar en una fáustica creación de formas. Es algo que representa lo que pareciera ser el alma chilena en la vida diaria.

El chileno se mueve por impulsos espontáneos despertados bruscamente por las circunstancias, es improvisador, confía no tanto en la experiencia como en la suerte y en la ayuda de "compadres" y amigos; si tiene éxito, se considera astuto, "avisado", de ingenio rápido, inteligente; si fracasa, culpa a la mala suerte, a haber confiado en quien no debía, a algo que no le ocurrirá otra vez, esperando siempre que le tenderán de nuevo la mano; en todo caso, no se siente un incapaz, un derrotado y logra acomodarse de nuevo en cualquier situación, aunque nada tenga que ver con sus labores previas. Es al mismo tiempo optimista y fatalista, pero no estoico como se ha dicho a veces, pues el dolor lo soporta porque no tiene medio de evitarlo; pero una vez pasado, lo olvida, sin dejar experiencia.

En ese sentido y siguiendo con el problema del chileno frente al tiempo, es difícil divisar en él un sentido responsable del futuro más lejano, aquel que exige muchas veces sacrificios prolongados del presente, en vistas a lograr objetivos grandes, producto de una creación personal en la cual el hombre arriesga su bienestar, su porvenir y en ocasiones, hasta la propia vida. El chileno en general carece de la larga paciencia exigida por tal proceso y está como apremiado por ponerse luego en marcha. Por eso es quizás, imprevisor y no le importa empezar de nuevo, en vez de ocupar ese tiempo en tareas distintas.

La falta de valor del tiempo se traduce en la vida cotidiana en esos largos periodos ocupados en conversaciones vanas, en visitas, en juntarse en las playas días enteros a entretenerse en naderías, en la falta de respeto por el tiempo del prójimo, en la ingratitud por el tiempo que se le destina, en emprender diligencias o tareas, que con reflexionar un poco se le mostrarían como inútiles, en el viajar porque otros viajan sin responsabilizarse de lo que personalmente se obtendrá de dicho viaje.

La ausencia de tal concepto del tiempo que no sólo menoscaba el futuro, sino el pasado, la muestra todavía, el olvido del pretérito nacional, el menosprecio de la historia, el desconocimiento de los propios antepasados, los nombres de personalidades ilustres puestos a calles insignificantes, como lo es, por ejemplo, la calle Lacunza, los nombres de extranjeros cualesquiera, dados a calles principales, la destrucción de edificios históricos.

El chileno y su vivencia de la muerte

Dicha ausencia de consideración por lo temporal, puede derivar en parte de la falta de profundidad del sentimiento de la muerte. La muerte de alguien se considera algo demasiado natural y el duelo íntimo dura escaso tiempo; la muerte propia atemoriza más, pero no tanto como para no poder jugarse la vida a veces por causas mínimas, o vivir un poco al día, como si se fuese a existir siempre.

Al no vivirse la muerte como el cese definitivo del tiempo, o sea, de las posibilidades de hacer cosas, de realizarse, de gozar de la existencia terrestre en su substancialidad misma, única e irrepetible, el hombre ve en su existencia una más de las tantas existencias, idéntica a cualquiera, y por lo tanto perfectamente reemplazable, como lo muestra el sobrecogedor cuadro de Nemesio Antúnez "Habitantes de la ciudad" (1949), donde se divisan en filas apretadas, multitud de anónimos. Pareciera haber en el chileno una vivencia de sentirse número y no persona, entendiéndose por persona algo espiritual, creador, original y libre que no volverá a darse mientras exista el universo y en consecuencia, que lo no hecho por ella no será hecho.

Sin embargo, el desenvolverse sólo en el tiempo marcado por el reloj, pero no en el tiempo vivido marcado por la experiencia de la muerte, no significa que no tengamos un alto sentido de cuál es la hora oportuna señalada por el destino para abrir una senda.

La captación de lo oportuno se aprecia a través de toda nuestra historia. En el siglo XIX fuimos los primeros en América del Sur en organizar un Estado impersonal de larga duración, en explotar minas de cobre, de plata, de carbón, con métodos avanzados para su tiempo y alto rendimiento; fuimos adelantados en la explotación del salitre, en la construcción de ferrocarriles, en el regadío del valle del Maipo, en el cultivo de cepas escogidas de viñas, y en realidad, sin poseer nosotros las riquezas naturales de Argentina y Brasil, en el último tercio de dicho siglo aparecíamos como la república de porvenir más claro, como ya lo había adelantado varios decenios antes Simón Bolívar, cuando dijo que si alguna nación habría de destacarse en la América española, ésta sería la República de Chile.

El mismo sentido de lo oportuno impulsó a Portales a combatir a la Confederación Perú-Boliviana del mariscal Santa Cruz, y a Pinto y sus asesores a invadir Antofagasta en febrero de 1879.

Durante estos últimos decenios, la plantación de bosques, de frutales, de viñedos como los de Copiapó, el cultivo de nuevas frutas y la aplicación de modernos métodos de ingeniería genética han dado un desarrollo notable al país y lo



"Ciel de Terre", de Enrique Zañartu.

seguirán dando, colocándolo en la avanzada de los países modernos, como lo estuvo en el siglo XIX con el carbón, el cobre, la plata y el salitre, gracias, entre otros, a Urmeneta, Ossa y Cousiño. Los planes para incorporar regiones desérticas y por fin la apertura al océano con su inmensa riqueza, no pueden sino marcar un alto signo positivo para el hombre chileno. Cabe preguntarse qué será de él, cuando a este sentido de lo oportuno —que algunos realizan tesoneramente y al cual cooperan investigadores, técnicos, empresarios y obreros—, se agregue un abrirse de nuestra interioridad en una expresión cultural propia, como la anunciada por la poesía, que mostraremos más adelante, y nos constituyamos en un pueblo importante de la historia.

Rasgos peculiares del chileno

Quisiéramos detenernos en otros rasgos notorios, ligados a lo acabado de señalar, a propósito de pintores y arquitectos, o sea, a nuestra visión actual del espacio, del tiempo, de la muerte, de la naturaleza y del prójimo. Desde luego, nos sale al paso la costumbre, vieja ya, de llamar a las cosas mediante diminutivos y a las personas a través de palabras amistosas en extremo, más bien zalamerías, destinadas a salvarnos de un eventual desaire o rechazo.

Cupiera pensar que el uso de diminutivos revelara un cariño especial por los objetos o las personas, pero no hay otros testimonios simultáneos que avalaran tal creencia; las mismas cosas, fuera de las circunstancias en que son apetecidas, no provocan una complacencia especial o una ternura marcada; tampoco las personas, pues más de una vez, tan pronto se alejan, son objeto de críticas hirientes o de mofas. En el fondo, tras todo eso se revela la inseguridad del chileno derivada de no alcanzar a ver la majestad íntima presentada dentro de las cosas, lo cual inhibe, y la inseguridad de no experimentarse a fondo como persona con deberes y derechos, sino en acuerdo a lo dicho antes, una especie de anónimo temeroso de no ser bien acogido por otro anónimo.

Un ejemplo que ilustra muy bien lo recién afirmado es la incapacidad de los chilenos para identificar a alguien como persona y valorarlo, si no se averigua antes qué profesión tiene, cuáles son sus ideas políticas, sus gustos personales, la marca de su automóvil y hasta su vida íntima. O sea, no se es capaz de captar la calidad de un hombre en sí mismo sin recurrir a otros datos a fin de orientarse frente a él e incluso estimarlo; es preciso apoyarse en factores externos como los mencionados, que siendo los menos importantes, curiosamente, sin embargo, crean la ilusa idea de que por ellos es posible saber quién es tal hombre.

Esto de no apreciar la calidad íntima de los seres humanos y de identificarlos sólo por fuera, lleva a los chilenos a esa lucha mortal —que ya es característica entre nosotros— en contra de aquellos que no comparten ideologías y propósitos idénticos. Parecería que la ideología o el propósito valieran para nosotros más que la sustancia íntima del hombre.

Sin embargo, llama poderosamente la atención que a pesar de que tal rasgo de carácter podría haber dividido y detenido el desarrollo del país, ello no ha ocurrido. La fuerza originaria cultural que nos mueve se ha mostrado más poderosa y hace que se mantenga la unidad nacional y el país marche hacia el futuro airoosamente, quedando la lucha más bien centrada en el mundo de las palabras; de los discursos, de las declaraciones, y no en el orden del hacer y del realizar. A nuestro juicio, tal avance se debe a que los chilenos avizoramos ya en el fondo del alma un mundo cultural propio, aunque todavía semivelado, no bien definido, y esa percepción estaría actuando en forma dinámica por detrás de los planos conscientes, y nos empujaría a obrar adecuadamente en la hora de las decisiones.

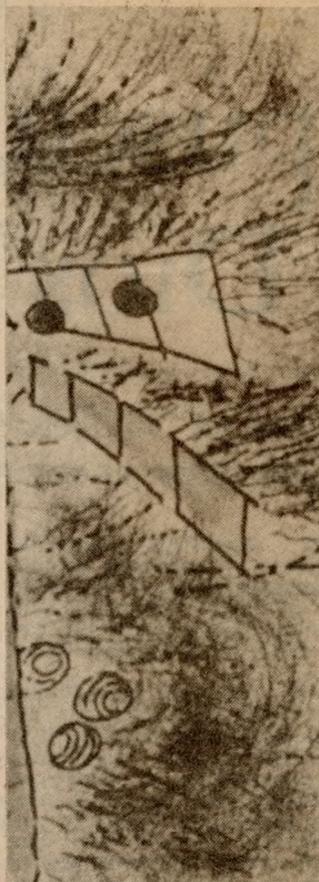
Una dificultad igual a la descrita respecto de las personas se vive al tener que dar un juicio sobre un libro, una película, un concierto, una conferencia, una idea. A través de una serie de rodeos se elude una opinión clara, responsable y se está al acecho de cómo caen las palabras en quien escucha, para ir las modificando, atemperando, al punto de vista ajeno, de modo de no aparecer exagerado, de mal gusto, inculto. Así, el debate enriquecedor resulta difícil.

Por otra parte, el chileno tiende a ser amistoso en exce-

El mismo sentido de lo oportuno impulsó a Portales a combatir a la Confederación Perú-Boliviana del mariscal Santa Cruz, y a Pinto y sus asesores a invadir Antofagasta en febrero de 1879.

so, a no preocuparse mucho de respetar el derecho ajeno a la privacidad y la soledad, como ya lo dijimos hace un momento; esto alcanza su expresión máxima en el pueblo, donde prima la generosidad; cualquiera llega a comer sin avisar, o si pierde su trabajo se instala en la casa del pariente o del vecino, sin que esto llame la atención de los dueños de casa, ni estén pensando por dentro cuándo recuperarán su privacidad. Al contrario, ello pareciera dar más vida al hogar, alimentar las conversaciones de la noche, tener más caudal de noticias y cuentos, hacer todo más llevadero.

A este respecto vale la pena señalar que el chileno tiene un particular sentido de la solidaridad con los demás y es capaz de establecer rápidos lazos de amistad con otros que recién conoce, sin necesidad de identificarlo en su individualidad verdadera, sino en lo meramente humano, y aun cuando en numerosas ocasiones estos lazos no sean duraderos, pe-



"En el espacio", de R. Matta.

"Sin duda, nuestras cimas en la pintura son Roberto Matta, Nemesio Antúñez y Enrique Zañartu".

se a la intensidad con que se viven en el momento. Tal tipo de relación no es fácil de ver en Estados Unidos y Europa. Ello muestra que lo humano en cuanto tal despierta en él una resonancia peculiar y no se ha diluido en esa forma corrosiva a que ha llevado la modernidad casi en todas partes. Hay que destacarlo como un rasgo altamente positivo.

Médicos franceses, que fueron huéspedes nuestros durante meses, nos refirieron, al final de su estada, que un carácter sorprendente entre chilenos y franceses era la tendencia natural nuestra a abordar todos los temas de cierta importancia de una manera elíptica, haciendo círculos en torno a él, para descender al meollo después de una serie de revoloteos; en cambio, ellos, y los europeos en general, se dirigían en línea recta al centro, dejando tiempo más bien para esclarecer adecuadamente cuanto tuviese que ver con él. Eso haría difícil al europeo entendernos si no pasa largo tiempo entre nosotros. "El pensamiento de ustedes —nos decían— es elíptico, como el de los chinos, y se está siempre en suspenso, esperando adónde irán".

Esto que me parece certero, derivaría de que los chilenos existiríamos en una "especie de extratemporalidad", en un estado de crisálida, sin un desarrollo aun bien adecuado de nuestra interioridad, como para que nos enfrentemos con coraje y en igualdad de condiciones al resto del mundo. Es lo propio de la etapa adolescente de una cultura que, al menos por lo mostrado en un primer despertar a la madurez —su poesía—, se adivina poderosamente original.

Nuestra poesía en sus representantes mayores, embelesada en el canto a lo real en su individualidad misma, nuestros cronistas coloniales, nuestra afición y devoción por el derecho, con su afán de dar a cada individuo y a cada cosa su lugar justo dentro de la sociedad y del Estado, nuestros historiadores inclinados hacia la crónica (o sea, a la menudencia del acontecer diario), a veces seca como en Barros Arana, a veces pintoresca como en Vicuña Mackenna, nos inducen a creer que lo añorado por nuestra alma, lo que ella estima su destino, sería descubrir el enigma en virtud del cual la materia concreta —no la materia reducida a leyes matemáticas por la física— es capaz de guardar una vida propia casi infinita, que se expresa en las más increíbles y variadas cosas de la naturaleza, en paisajes inauditos, en parajes sorprendentes, en animales, vegetales y minerales, en ese descubrimiento de lo asombroso que nos entrega cada instante material del amor, de la vida y de la muerte, cuando los mi-